

ticas verdaderamente devotas, como Santa Francisca Ugolini, priora del convento de Santa Águeda en Urbino, á quien visitaba para oírle discurrir sobre cuestiones graves.

Era también gran amante de las artes; llamó á su corte tejedores y pintores de Flandes, y cuando hablaba con sus artistas, se conocía que era perito en la materia.

Lo principal, sin embargo, era su nobleza de corazón, su afabilidad y sus sentimientos bondadosos, que le atraían el cariño y respeto de todo el mundo y especialmente de sus súbditos. Cuenta Castiglione de él la anécdota siguiente. Al llegar en una de sus expediciones guerreras á la orilla de un río, mandó al corneta que le seguía que entrara en él y pasara al otro lado, pero el soldado, quitándose la gorra y ha-

ciendo una reverencia, le contestó en tono respetuoso: «Después de vos, señor.» Si esto no da una gran idea de la disciplina que reinaba en el ejército del duque Federico, es en cambio una prueba del tono franco y cordial que dominaba entre él y sus soldados en campaña y que excitaba á estos á sacrificarse por su amo cuando convenía.

Federico de Urbino jamás pensó en rodearse de literatos á manera de aduladores oficiales ni necesitó panegiristas parásitos, porque encontró el mejor biógrafo en Vespasiano de Bisticci, librero y autor, hombre de mucha experiencia é instrucción, no por un estudio profundo y largo sino más por el trato con personas eminentes, auxiliado por un criterio sano y vivo y una inteligencia natural. Este hombre es-



Triunfo de Federico de Urbino. El cuadro original se encuentra en Florencia y es debido al pincel de Pedro della Francesca, que lo pintó al dorso del cuadro de los retratos de Federico de Urbino y de su esposa

cribió en su lengua, sin pretensiones literarias, las biografías de los contemporáneos célebres, entre las cuales ocupa un puesto preferente la de Federico de Urbino. Todas son hoy una fuente preciosa para el estudio de aquella época, bien que llevan el sello de senectud del autor, que por su edad avanzada, cuando las escribió, no comprendió bastante el espíritu de la nueva generación que iba creciendo á su alrededor. De aquí resultó que por un lado no hizo la justicia que debía á los talentos jóvenes, mientras por otro prodigó demasiadas alabanzas á los representantes de la generación que se iba y á la cual pertenecía él mismo.

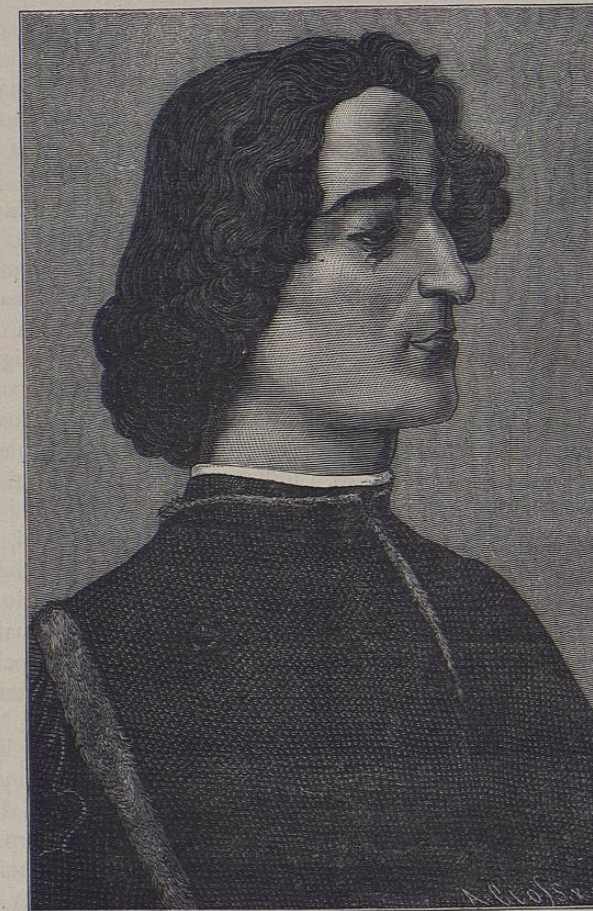
En 1474, con el asentimiento del papa Sixto IV, cambió Federico de Urbino su título de conde de Montefeltro por el de duque de Urbino; y á su muerte, que ocurrió el 10 de setiembre de 1482, siguió en el trono del ducado y en sus demás títulos su único hijo varón Guidobaldo. Este reinó desde 1482 hasta 1508, y sirvió como su padre con su ejército á los beligerantes que mejor le pagaban; pero si su padre guardó por lo general cierta consecuencia en estas empresas mercenarias, más por circunstancias que por principios, no lo hizo así el hijo, que tan pronto combatió con su gente al servicio del papa como contra él y fué unas veces aliado y otras enemigo de Florencia. Tampoco pudo blasonar como su padre, de invicto, porque una vez cayó prisionero y dos veces tuvo que abandonar su territorio como fugitivo. Fede-

rico vivió en sus Estados tranquilamente y sin tener que luchar contra invasores extranjeros, pero Guidobaldo vió dos invasiones francesas, sus consecuencias, compromisos y dificultades, y se halló expuesto á perderlo todo á la menor ocasión imprevista. A esto se agregó que el hijo no era un talento militar ni tenía la pericia y estudio de su padre, que había tenido grandes y eruditas conferencias con el papa Pío II sobre la táctica militar de los antiguos. Guidobaldo hacia la guerra por necesidad, nunca por gusto. Había recibido una educación excelente, pero no llegó á ser hombre erudito, porque por una parte no tuvo inclinación á profundizar las ciencias y por otra no lo permitieron las circunstancias políticas con su inseguridad permanente. Sus maestros fueron un caballero distinguido de Padua, llamado Luis Odasio, que á la muerte de su discípulo pronunció sobre su tumba la oración fúnebre, y su propio primo Octavio Ubaldini, gran amante de las letras y de la pintura, instruido en la magia y maestro en el arte de intrigar en la corte. El conocimiento de su medianía le hizo buscar la protección de otros y dejarse guiar de ellos, en especial de su esposa Isabel Gonzaga, que con su talento y virtud hizo de la corte de su esposo un centro de cultura, de vida social agradable y de buenas costumbres.

Isabel (1475-1526) tenía el talento raro de descubrir las capacidades y atraérselas. Amaba las artes y se interesaba

por los artistas. Sin dedicar su afecto más á un ramo que á otro, los protegía y fomentaba todos, y sin buscarlo, ejercía sobre cuantas personas la rodeaban un poder mágico al cual todos se sometían gustosos. En Juan Sanzio honró al padre del celeberrimo Rafael, y conservó á Andrés Mantegna su afecto y veneración hasta después de su muerte en la persona de su hijo Francisco, que no tenía, sin embargo, el talento de su padre. Isabel fué una de las pocas soberanas preclaras cuya memoria es imperecedera, y mucho más habiendo sido cantados sus méritos por un Pedro Bembo y ensalzados como los ensalzó Baltasar Castiglione en su *Cortésano*.

Baltasar Castiglione, que nació en Mantua en 1478 y murió en 1529 en España, era hombre de Estado, militar y literato. Muy joven pasó á Urbino, donde se naturalizó, y su soberano irritado se resistió mucho tiempo á admitirle en su corte como embajador del duque de Urbino. Castiglione se conservó fiel á su nuevo señor, á pesar de la irregularidad con que cobraba su sueldo, y á la muerte de Federico sirvió al hijo, Guidobaldo, en sus guerras, mandando su ejército y evacuando por su cuenta una misión en Inglaterra. Después sirvió al sucesor de este último, el duque Francisco María della Rovere, siendo tan bien querido que habiendo contraído



Julian de Medici. Cuadro de Sandro Boticeili. Se halla en el museo de pintura de Berlin

una enfermedad en el servicio de su soberano, fué cuidado en el palacio ducal con el mayor cariño por las damas de la corte. Posteriormente pasó á Roma en calidad de embajador del marqués de Mantua, hasta que el papa Clemente VII le envió con una misión diplomática á la corte española.

Castiglione manejaba con igual perfección el latín y el italiano. En latín escribió las poesías dirigidas á amigos y parientes, apuntes históricos interesantes y cosas de este género, y empleaba el italiano en sus comunicaciones oficiales á los soberanos á quienes servía, en sus cartas á su esposa y á su madre, y finalmente, en la obra: *El Cortésano*, que inmortalizó su nombre y la sociedad en la cual vivió.

Este libro contiene una pintura del cortesano perfecto, en estilo de conversacion entre personas de ambos sexos, figurando entre los interlocutores personas todas que á la sazón formaban parte de la corte de Urbino, como Julian de Médicis (1478-1516), hijo tercero de Lorenzo, que después de regir los destinos de Florencia, fué soberano de Milan y nombrado capitán general por el papa; César Gonzaga, joven guerrero y poeta, que murió en 1512, en la flor de su

juventud; los hermanos Octaviano y Federico Fregoso, hijos de Génova, donde el mayor trabajó contra los franceses y siendo hecho prisionero por ellos murió en el cautiverio, y el menor alcanzó, como varón santo y sapientísimo que era, elevados cargos en la Iglesia; y por último el cardenal Bibbiena, del cual hablaremos más adelante, Pedro Bembo y otros de menor importancia.

De las conversaciones de estos y otros personajes resulta que el cortesano debe educarse y perfeccionarse interior y exteriormente; porque debiendo la corte ser el modelo de la sociedad más refinada, es indispensable que cada cortesano por sí trate de alcanzar la mayor perfección posible; y esta perfección se debe entender por ejercicios corporales, y conocimientos en los idiomas, en las artes y en la moral. El autor del libro, probablemente por atención á las nobles damas de la corte de Urbino, pone á las mujeres intelectualmente al mismo nivel que los hombres, pero no quiere que las mujeres imiten á los hombres en exterioridades, como ejercicios de fuerza, que únicamente corresponden á los varones. También pide que no se condene á la mujer por

faltas que se perdonan á los hombres y que no se haga de ella la víctima expiatoria única de todas las faltas. En general habla Castiglione, no como súbdito del soberano, sino como hombre libre é independiente, que en una corte no conoce otras diferencias entre los cortesanos mas que las distinciones de categoría; de suerte que en el capítulo de agudezas, refiere tambien muchas que dirigen su punta contra los príncipes y los papas. Al describir un príncipe y su corte pide la expulsión de los aduladores; y entre la república y la monarquía, se declara por esta, porque un solo individuo, dice, puede ser educado mas fácilmente que muchos; pero tampoco es partidario de la monarquía absoluta, pues la quiere limitada por dos consejos, uno superior y otro inferior, cuyos individuos deben ser nombrados por el rey, los del primero del seno de la nobleza y los del segundo de la clase del pueblo. Quiere que el soberano sea guerrero y ostentoso, no para glorificar su persona, sino para el lustre del país y de toda la Italia, cuya triste suerte lamenta y á la cual quisiera ver pacificada. A este efecto propone que se invite á todos los soberanos mas poderosos á proclamar la paz universal. Así llega de ideal en ideal al del amor espiritual, que forma el fin de la obra, y que explica entre otros en los términos siguientes: «Tú (amor puro) unes los elementos, haces producir la naturaleza y haces servir los productos para sostener la vida. Tú juntas lo que está separado; tú haces perfecto lo que no lo es; tú haces asemejarse lo que ninguna semejanza tiene, tú transformas las enemistades en amistades, tú haces fructífera la tierra, das calma al mar y luz vital al cielo. Tú eres el padre de los placeres verdaderos, de la gracia, de la paz, de la dulzura y benevolencia, enemigo de la grosería y de la indolencia, en una palabra, eres principio y fin de todo lo que es bueno..... Corrige los defectos de nuestros sentidos; dános la verdad despues de tantos errores; déjanos aspirar aquella aura espiritual que vivifica las virtudes; déjanos oír aquella armonía celestial que calma las discordias; embriéganos en el manantial inagotable de la satisfaccion que vivifica perennemente, que con su clarísima agua da al sediento un presentimiento de la bienaventuranza; alumbrá con tu clara luz las tinieblas de nuestra ignorancia, á fin de que no hagan caso nuestros ojos de la belleza transitoria que se vé, sino que veneremos la belleza invisible; enciende en nuestras almas aquel fuego vivo que destruye todo lo bajo y feo, á fin de que cuando abandonen nuestro cuerpo, puedan unirse con dulces é imperecederos lazos con la belleza divina, á fin de que nosotros, á fuer de amantes verdaderos, nos identifiquemos con lo que amamos y, elevados hasta los ángeles, nos podamos unir con Dios.»

La persona en cuya boca pone Castiglione este magnífico trozo es Pedro Bembo, que fué una gloria no solo del círculo literario de la corte de Urbino, sino de toda la Italia, y puede ser considerado como autor que escribió no solamente para su patria sino para el mundo entero. Habia nacido en Venecia en el año 1470; sirvió algun tiempo á Julian de Médicis, al cual mostró su gratitud en un panegírico, y cuando Leon X ciñó la tiara, entró á su servicio y le dedicó una poesía en la cual decia que habia sido elegido por orden de los dioses inmortales, amantes de Jesucristo. Murió en 1547 siendo cardenal, despues de haber dedicado su juventud al amor, su edad viril á las musas y su vejez á la religion; pero cuando ya disfrutaba de grandes dignidades eclesiásticas, cantaba todavía el amor, no el ideal y fantástico, sino el real y positivo, en términos ardientes, cuyo objeto era una hermosa romana de la cual tuvo tres hijos. Escribió elegías eróticas en versos latinos, y tambien coloquios sobre el amor ideal titulados: *Gli Asolani*, en el sentido en que habla Castiglione en el trozo que hemos citado de su obra *El Cortesano*. En

los coloquios mencionados, que el autor supone haber tenido efecto en Asola, pequeña ciudad en el territorio de Treviso, y de donde descendian los Cornaro de Chipre, dice Bembo (el cual dedicó la obra á Lucrecia Borgia) que el amor es ensalzado el primer día como origen de la mayor dicha que puede experimentar el hombre; al segundo día se le maldice como causa de la mayor desdicha, y al tercer día se calma el odio y se acaba por mirar el amor como fuente del bien y del mal, preliminar del amor divino que todo lo vivifica.

Bembo escribió en prosa y en verso, en latin y en italiano; era filólogo é historiador; publicó una edicion crítica de las obras de Dante en 1502, y en 1522, bajo el título de «Prosa toscana,» una coleccion de reglas para escribir bien en italiano. En 1531 presidió un congreso lingüístico para decidir cual de los dialectos italianos, el lombardo ó el toscano, debía ser el literario de toda Italia.

Este interés y entusiasmo por la lengua vulgar no eran mayores que los que sentia Bembo por la lengua latina. Era partidario del latin clásico ciceroniano, y la coleccion de sus cartas privadas, así como las escritas en calidad de funcionario público y que él mismo publicó, son un modelo brillante del estilo epistolar de aquella época. Un mérito análogo tiene su historia de Venecia, que escribió por encargo del gobierno y viene á ser una obra típica de aquellas que tomaron prestados de la antigüedad la parte exterior y el vocabulario del culto gentilico y de la organizacion política y administrativa usado por los autores antiguos, pero que en la disposicion interior se quedó muy atrás de estos, tan metódicos en la distribucion del material histórico.

Era Bembo ministro de la religion, pero como ya dijimos, á la vez hombre de mundo, partidario de la astrología, amén de algunos resabios gentilicos, puramente exteriores; pero cuando supo que habia sido nombrado cardenal, no quiso aceptar hasta que oyó casualmente en la iglesia, durante la lectura del Evangelio, las palabras del Salvador: *Pedro, síguese,* y las creyó ser una orden superior.

Muerto Guidobaldo, perdió la ciudad de Urbino toda su importancia y lustre, y aunque el ducado y la capital conservaron su independencia durante todo un siglo, hasta que finalmente fué aquel incorporado á los Estados pontificios, en el movimiento del Renacimiento no tuvo ninguna influencia desde la extincion de la dinastía de Montefeltro. La que siguió á esta fué la *delle Rovere*, de la cual eran vástagos los papas Sixto IV y Julio II, sobrino del anterior. Esta familia dió al ducado dos soberanos notables, Francisco María I Guidobaldo y Francisco María II, que hicieron nobles esfuerzos para sostener dignamente las tradiciones militares y literarias de sus predecesores; pero ni los tiempos ni las circunstancias eran ya los mismos, y el ducado no pudo librarse de ser juguete de la política general, teniendo que contentarse con las glorias pasadas y con la gran celebridad que le dieron sus hijos, entre ellos el mas eminente, Rafael Sanzio, que hicieron popular en el extranjero el nombre de Urbino, su ciudad patria.

CAPITULO XII

FERRARA

Esta ciudad conservó su lustre y fama de asilo de las artes y letras mucho mas tiempo que Urbino. Háse dicho muchas veces á manera de adagio: «Ferrara fué grande por sus príncipes,» y en efecto, así fué, pero en la inteligencia de que á falta de hombres verdaderamente grandes, los príncipes mas capaces de la casa de Este supieron seguir hábilmente la corriente de su tiempo, encubriendo su falta de genio con

el lustre exterior, y tuvieron la suerte de encontrar escritores muy dispuestos á hacerse heraldos de su gloria y de su fama de príncipes de paz, aunque no se diferenciaban de los otros soberanos italianos que mancharon su nombre, su familia y su país con sus asesinatos y abominaciones. Por lo demás, los príncipes de Ferrara recompensaron á los poetas y oradores que, afanosos de honores y de oro proclamaron á porfía su fama, mas con buenas palabras que con dádivas sonantes y de valor.

Los príncipes que reinaron en Ferrara durante la época mas gloriosa del Renacimiento fueron Hércules I (1471 hasta 1505) y Alfonso I (1505 hasta 1534). Alfonso II, que debe su fama á su víctima Tasso, al cual tanto hizo padecer, pertenece ya al principio de la decadencia del movimiento literario del Renacimiento.

Hércules I era varon robusto, activo y notable en muchos conceptos. Hijo legítimo del marqués Nicolás III, tuvo que conquistarse á la fuerza su patrimonio, despues de haber pasado por las manos de dos hijos bastardos de su padre. Casóse en 1473 con Doña Leonor de Aragon, hija de Alfonso, rey de Nápoles. Las fiestas que solemnizaron las bodas fueron dispuestas por el cardenal Pedro Riario y fueron brillantísimas; pero el matrimonio fué, en cambio, desgraciado, porque Leonor, despues de una tentativa frustrada para envenenar á su esposo, fué envenenada despues, segun se dijo, por este, en 1493. Esto no impidió que la corte llevara luto y que los poetas lamentaran en sentidos versos su muerte, siendo la mas notable de estas obras la que tuvo por autor á Ariosto, entonces jóven todavía.

Hércules I gobernó á Ferrara con mucho talento y la sacó no sin algunas pérdidas, pero bastante bien, de los muchos conflictos de aquella época agitada. En la guerra que hubo de sostener en el año 1482 contra la república de Venecia y el papa, aliados, tuvo ocasion de lucir su valor y su talento diplomático. Desde entonces concentró su política en esta doble mision: reconciliarse con el papa y ponerse en buenas relaciones con Francia, cuyo influjo en los asuntos de Italia iba siendo cada dia mayor. Esta política le obligó á aceptar por esposa de su hijo á la hija del papa Alejandro VI, á quien despreciaba en el fondo de su corazon. Alejandro VI se vengaba á su vez llamándole *mercachifle* y su hija Lucrecia Borgia era para Hércules objeto de un terror siniestro. En su capital y territorio Hércules reinaba como autócrata, dueño de personas y cosas. Cada dia le habian de presentar la lista de los forasteros que habian llegado, para impedir que tratasen con nadie mas que con él, de modo que monopolizó todo el comercio y dió entre tanto carta blanca á su jefe de policía Gregorio Zampante. Este castigaba cruelmente las simples faltas y pequeños delitos de los pobres y dejaba campo ancho á los grandes criminales que podian darle cuantiosas sumas, con lo cual excitó contra sí un odio á muerte entre el pueblo. Vendia los empleos, tanto que los hombres mas respetables tenian que someterse á sus exigencias, como el poeta Tito Strozzi, el cual dijo de sí propio que durante el desempeño de su empleo habia sacado las manos limpias, pero el pueblo no creia en tal pureza y decia que era «peor que el diablo.»

Ferrara ganó mucho con el gobierno de Hércules, la ciudad se ensanchó considerablemente y la poblacion aumentó en proporcion, tanto que en 1497 no habia casa ni habitacion desocupada. Se levantaron grandes y suntuosos palacios, pero el pueblo gemia de tal suerte bajo el peso de impuestos, gabelas y otras cargas que, á pesar de los espías y delatores manifestó alguna vez su descontento, aunque no llegó nunca al extremo de degollar á todos los empleados de la casa de Este, segun le aconsejaba un poeta cortesano llamado Luis Carbone.

Hércules I, sin ser erudito, habia recibido una buena educacion literaria; le gustaban las artes y en especial, al parecer, la música; engrandeció la universidad y aumentó los sueldos de los profesores; á su solicitud y proteccion se debió el establecimiento de las primeras imprentas en su capital; le halagaba ver acudir á su corte poetas y hombres doctos, y que le ensalzasen con sus poesías y otros escritos.

Su hijo y sucesor Alfonso, que para tomar posesion del ducado tuvo que sofocar primero una sublevacion organizada por algunos hijos ilegítimos de la casa de Este, tenia otro genio. Habia recibido poca instruccion, ya por haber sido en su infancia enfermizo, ya por su escasa aficion á los estudios; de manera que ninguna impresion le causaron las flores oratorias que Filelfo sacó de su ingenio cuando celebró el primer casamiento del duque, que fué con Ana Esforcia, y mucho menos le gustaron las comedias de Plauto, que se representaron para celebrar sus diferentes entradas en la capital. En cambio le gustaron un poco mas las artes, porque cuando en sus últimos años construyó sus palacios de Belriguardo y Belfiore ocupó á Rafael y al Ticiano. La música tambien le atraía, pero su índole le dirigía á los conocimientos prácticos; montó en su palacio un taller de tornero, donde trabajaba en su horas de ocio, y aprovechó un viaje que hizo á Francia é Inglaterra para estudiar las condiciones políticas é industriales de estos y otros países. Su elemento principal era, sin embargo, la guerra, en la cual era perito, y no le faltaron ocasiones de probarlo. El parentesco con Alejandro VI aseguró la tranquilidad política de los duques de Ferrara mientras vivió este papa, pero apenas murió volvieron á surgir las diferencias, enemistades y contiendas. Todo el valor y toda la pericia de Alfonso I no fueron suficientes para sacar su ducado ileso, y á pesar de su victoria cerca de Rávena, en 1512, tuvo que ceder Módena y Reggio al papa Julio II, que le habia excomulgado y despues le absolvió con mucha repugnancia. En 1528 recobró estos territorios por la intervencion del emperador Carlos V, á quien habia auxiliado en su expedicion contra Roma.

Era Alfonso I persona sencilla en sus costumbres, en su trato y en el vestir. Le gustaba vivir bien, sin tener pasiones peligrosas; era un tanto áspero y reservado, y el novelista Girardi, sin faltar demasiado á la verdad pudo calificarle de magnánimo, generoso, sobrio y virtuoso. Mucho trabajo habia costado á su padre obligarle á aceptar por esposa á Lucrecia Borgia, pero cuando la admitió, haciendo este gran sacrificio á la política de su padre, hizo tambien el obsequio de salir á recibirla, aunque de incógnito, cuando Lucrecia se dirigió á Ferrara; la ofreció sus respetos en Bentivoglio y el mismo respeto la guardó cuando estuvieron casados.

Antes de ser casada habia sido Lucrecia gran pecadora; pero despues, si no llegó á ser criminal estuvo por lo menos muy cerca de serlo, y como tal ha quedado estigmatizada su memoria. Fuera de toda duda está que asistió á las orgías del palacio pontificio; pero no consta que tuviera participacion en el asesinato de su esposo el duque de Buselli, sobrino del rey de Nápoles, ni que estuviera iniciada en las abominaciones é iniquidades de su padre y hermano, ni que merezca la fama de monstruo femenino por los vicios anti-naturales y crímenes execrables de que se la acusa. Si todas estas acusaciones fuesen verdad, podría preguntarse cómo pudo tener todavía la desvergüenza de entrar en una de las familias mas ilustres, cómo pudo presentarse diez y seis años despues de la muerte de su padre, con la cabeza erguida, en su corte y entre el pueblo que la aclamaba con igual entusiasmo con que los poetas cantaban sus méritos; cómo la pudo respetar y apreciar su esposo cada año mas, y tambien cómo los poetas sus panegiristas habian podido olvidar su dignidad hasta